

Me gustaría esbozar algunos de los rasgos que me parecen más importantes en la formación de un universitario. No voy a ser completo. Incluso, voy a dejar cosas muy fundamentales fuera, por razón de tiempo. Lo que digo es mi opinión, mis ideas personales, y no representan de ninguna manera ideas oficiales de la Dirección de la Universidad. Esto es importante dejarlo claro, porque la dinámica propia de una universidad es que las políticas se van haciendo entre muchos. Cada uno debe tener las opiniones más definidas que pueda llegar a formarse, pero debe saber que el cauce definitivo que ellas tomen depende de su interacción con las numerosas ideas de muchos otros individuos. Entro directamente en asunto.

Lo primero que uno esperaría de un universitario, sea el alumno o profesor, es el amor por su formación intelectual. El amor por entender y saber. Eso que para acortar se suele llamar el amor a la verdad.

No creo que sea eso lo que está más fuerte en nuestro ambiente, ni mucho menos. Entre los profesores es muy fuerte el amor por su prestigio. Entre los alumnos por variadas formas de éxito. Entre todos un buen poco por el dinero. Ninguna de esas cosas es mala, pero en mi opinión, son todas de segunda.

¿Por qué pasa esto que sean tan fuertes motivaciones secundarias, y se olvide tanto la motivación central? Yo creo que esto es causado por el mismo hecho de que un cierto grado de formación intelectual es una herramienta formidable para la promoción social, el adelanto económico, la eficiencia profesional. Como tantas veces ocurre en la vida, los bienes derivados llevan a olvidar el bien originario.

Cuando esto ocurre en una entidad tan importante como es la universidad, esto irradia a la sociedad. Y la irradiación es dañina en la medida en que produce el mismo desequilibrio de valores. Por eso, en un momento en que se quiere pensar en el alumno universitario, la consideración sobre su formación intelectual es esencial.

El amor por la formación intelectual.

Yo sé que este planteamiento no cae bien hoy día, porque hay un cierto menosprecio por lo intelectual. Se piensa que se lo debería sustituir por disposiciones afectivas, por actitudes, etc. Estas cosas son muy importantes, son fundamentales, pero si les falla la base, se desordenan y se desintegran. Chesterton decía que el mundo está lleno de virtudes cristianas que se han vuelto locas. O sea que han perdido su sentido, su referencia a la verdad.

Quisiera apuntar a algunas cosas que podrían mejorar nuestra formación intelectual. La nuestra. Porque la Universidad es para formarse, para aprender, eso no se termina, y el que no se interesa por aprender no tiene sitio legítimo en la universidad.

Para ilustrar mis palabras, dos observaciones de la vida diaria.

El hecho de observación n.1. Las buenas escuelas universitarias imprimen un cierto carácter, un sello. No es sólo que sus alumnos o egresados sepan ciertas cosas, sino que ellos organizan su pensamiento, lo estructuran de una determinada manera.

El hecho de observación n. 2. Ese sello es a menudo unilateral, limitante. Sentimos muy vivamente esa insuficiencia cuando es otro el que la exhibe. No nos damos cuenta de ella en nosotros mismos.

Esto es un reflejo fiel de la condición humana en general. Necesitamos del conjunto de los conocimientos y habilidades intelectuales, porque ninguno de ellos es en sí suficiente. La respuesta de la universidad debería ser la de una formación profunda en un área, buscando relacionar esa área de mayor profundidad con otras áreas de conocimiento, partiendo desde las más próximas hasta las más alejadas.

Hay gente que tiene conocimientos profesionales muy sólidos, y al lado de eso, una especie de "hobby" cultural: dos áreas no conectadas. Eso es por supuesto mejor que nada, pero al que es así, se le escapa una cosa muy misteriosa y muy bella que es la unidad del conocimiento. Y se le escapa también una cosa que es esencial para vivir, y es entender el sentido de eso que conoce tan bien: qué sitio ocupa en el conjunto del pensamiento humano, en el conjunto de la actividad humana. Fácilmente lo menospreciará o lo sobrevalorará.

Un recado al estudiante católico. Esto mismo es certísimo de la teología. Hay un conocimiento intelectual de las cosas de Dios. Un hombre que vive de un buen conocimiento intelectual de cosas del mundo o de los hombres, pero que no sospecha de teología, tendrá un mundo intelectual penosamente distorsionado. Aunque no sea sino porque le consagra tan poco interés a algo que es tan importante como Dios.

Un comentario adicional. En nuestro siglo se hace evidente que el conocimiento tiene una condición fundamental que podríamos llamar creativa. No es un acto pasivo del entendimiento, como podría serlo la imagen de un espejo. Es activo en construir realidades intelectuales fascinantes. Y en eso tiene un parentesco real con la creación artística.

La Universidad debería dar un lugar espiritual para que se pudiera ir a fondo en la comprensión de aspectos de la realidad y en su manejo. Debería además dar la oportunidad de una cultura auténtica, orgánica. Para eso es que se juntan muchos hombres de diversas disciplinas, para hacer entre todos lo que ninguno de ellos es capaz de hacer por sí solo. Pero debería ser sobre todo el lugar donde se hace evidente que esta multitud de vías distintas de saber, tienen un sentido que les es común, que ellas no son autónomas, sino que están reguladas por la verdad, que

3

todas ellas tienen una profunda unidad, y que el hombre que camina por esos caminos de la verdad está sostenido por el autor de la verdad.

La formación intelectual universitaria debería ser profunda y amplia; dicho de otro modo, debería ser rigurosa y multifacética; y para eso debería alcanzársela por un esfuerzo personal y por una comunidad universitaria.

Parece raro yuxtaponer, la comunidad universitaria a la formación intelectual. Pero les leo lo que dice el Papa en *Ex Corde Ecclesiae*, en el n. 21 cuando aborda el tema de la comunidad universitaria. "La fuente de su unidad deriva de su común consagración a la verdad, de la idéntica visión de la dignidad humana, y en último análisis de la persona y del mensaje de Cristo". Es la consagración a la verdad lo que nos hace una comunidad universitaria, por mucho que nos gustaran a veces maneras más blandas o más estimulantes de formarla.

Y quiero decir que en una actividad universitaria equilibrada, es aquí donde se da el mejor influjo de la juventud en la universidad. Porque la gente joven y estudiosa es más sensible a los vientos del cambio y de la innovación intelectual. Yo por lo menos he aprendido muchísimo de jóvenes así, y ellos le han dado un atractivo especial a la universidad para mí.

¿Dónde estamos en esto? Si yo comparo con la universidad que he conocido en otras épocas, creo que estamos muchísimo mejor, por lo menos en muchos aspectos. Pero hay aquí un factor que no debemos olvidar. Mientras más adelantados nos sentimos en un camino así, más obvias se nos hacen nuestras fallas, y más graves nos parecen. Digo esto, porque encontraría un error gravísimo el desmoralizarse por las fallas que advertimos, y un error aun peor el cerrar los ojos para no verlas.

Quiero enumerar algunas de las fallas que yo advierto en los aspectos que he tocado hasta aquí. Creo que los currículos están sobrecargados, y que en ellos se pierde la jerarquía de las cosas: lo intrascendente pide a veces más tiempo que lo importante. Hay veces que el exceso de exigencias priva del espacio para la reflexión, y de la posibilidad de explorar en busca de una formación integral. Priva del tiempo que es necesario para intercambio intelectual, para conocerse y para tomar conciencia cabal de puntos de vista diferentes. La pasión por enseñar puede matar el deseo de aprender.

Por lo mismo, a menudo los estudiantes miran como un horizonte infinitamente deseable el término de esta fastidiosa experiencia de aprender. Cuando en realidad, el paso por la universidad debería estimular el deseo de aprender y estudiar toda la vida, porque en el siglo que vivimos, la educación será continuada, o será vana.

Tal vez por la misma causa, los estudiantes se encierran a menudo en el prejuicio sobre lo que deben o no deben saber, y toman como una especie de refugio contra las inquietudes culturales.

Dic. 19,1990

Pero en una correcta aproximación al saber, a la verdad, al conocimiento, está incluso la raíz de la posibilidad de servicio de la universidad y de los universitarios. En la reciente Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas, el Papa le dedica toda una sección, de los nº 30 a 37, a "La misión de servicio de la Universidad Católica". Y es digno de mirar como fundamenta y caracteriza esa misión de servicio. Dice: "La misión fundamental de la Universidad es la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad. La Universidad Católica participa en esta misión aportando sus características específicas y su finalidad" Y sobre esa base se desarrolla toda una línea de actividades de actividades en el orden cognoscitivo y en el orden práctico.

Pero al lado, y en paralelo con la formación intelectual, hay que hablar de la formación moral. Los hombres no se hacen mejores por el hecho de saber más. Son dos cosas distintas, y para nuestro objeto necesarias ambas. Sin un deseo de perfección moral, el hombre pierde su dignidad, y hasta el saber que cultiva se hace poco respetable. Sólo la fuerza moral permite que la formación intelectual sea puesta en obra para bien de los hombres y no para su opresión y envilecimiento. Yo sé que no está de moda hablar de las pasiones; pero basta con una mirada para ver toda la llamada constante al envilecimiento y a la degradación que bulle en el mundo en muchísimos aspectos.

Y esto se relaciona muy directamente con la juventud. La juventud es la portadora natural del futuro en la sociedad. Cuando ella propone o cuando ella critica, está trazando las líneas del mundo en el que quisiera vivir, del mundo que quisiera hacer. Pero esa propuesta es vacía, no será creíble, sino en la medida en que la juventud tenga consigo misma la rigurosa exigencia moral que es indispensable para transmitir un mensaje de mejora espiritual a los hombres, a la sociedad. No es malo soñar con lo que uno quisiera hacer. Pero ello no puede ser contradictorio con lo que uno vive de hecho.

Presionado por el tiempo, quisiera sólo señalar tres virtudes sociales fundamentales que deberíamos cuidar para la vida de nuestra comunidad universitaria.

La primera, es la veracidad, la honestidad. Múltiples aspectos. Hay facultades enteras de la universidad a las que se las come la copia como un cáncer. Ella destruye la base de la convivencia social universitaria y degrada al que incurre en ella. No me importa ahora que se culpe a esta o aquella circunstancia, que la responsabilidad sea del alumno, de grupos que trafican o incluso de los propios docentes que incurren en un descuido culpable, o que recargan sin medida las exigencias. Lo importante es que la veamos como un mal gravísimo que tenemos que llegar a extirpar, aunque no fuera más que para defender la dignidad de nuestros estudiantes.

La segunda es la sobriedad. Hierde la conciencia el ver la vana ostentación de riqueza y bienestar. Todos sabemos que existen diferencias en este terreno. Y todos sabemos que la envidia es un vicio y que no hay por qué contemporizar con ella. Pero hay excesos de ostentación que son hirientes, que deben ser suprimidos por respeto a los demás, y porque una juventud que no es capaz de austeridad de vida, no será capaz de nada que valga la pena.

La tercera es lo que yo llamaría la continencia. El "dejarse ir", la búsqueda de todas las experiencias vitales y sensoriales, de las normales y de las anormales, está marcando muy fuertemente nuestro tiempo. Y pongo en este canasto, cosas tan distintas como la excesiva liberalidad sexual, el alcohol que está haciendo estragos entre los jóvenes, la droga que nos está amenazando, allí donde todavía no ha penetrado.

He mencionado tres tipos de fallas morales que tienen una clara repercusión social. Clara e inmediata. Y eso es muy fundamental para el cristiano. El Dios de la Revelación entrega la ley moral como algo íntimamente conectado a la vida del hombre en sociedad. Los diez mandamientos son preceptos morales, pero son preceptos sociales.

Así como la comunidad universitaria se construye específicamente en torno a la verdad y depende de su referencia a ella, ella también se destruye por la inmoralidad o por la amoralidad.

Pero la construcción de nuestra comunidad humana y de nuestra comunidad universitaria es algo muy importante. Ya mencionaba el hecho de que la comunidad universitaria muestra la variedad y la unidad del conocimiento. Y la vida moral del hombre es más posible en una comunidad sana donde encontramos una corrección para nuestras desviaciones. Usando de nuevo expresiones fuera de uso, diría que el amor a la verdad y el amor a la virtud generan una comunidad sana, y que a su vez, esta los mantiene y los refuerza.

Es muy importante reflexionar sobre los medios como podemos hacer efectiva una comunidad así. Como podemos conseguir que todos nos sintamos perteneciendo a ella. Para entrar a las comunidades humanas más auténticas, hay que promover actos de conjunto que guarden consonancia con el sentido de la comunidad. Muchas veces, nuestro esfuerzo se agota en "actos académicos", o en actividades de "denuncia", o en festejos, que no interpretan lo más profundo de nuestra exigencia y que por lo mismo no sólo tienen un poder numérico de convocatoria escaso, lo que podría no ser importante, sino que dejan una sensación de inacabado y frustrado. Por supuesto para no mencionar actos como la recepción de los novatos que casi siempre son meras vejaciones que ofenden a la dignidad de las personas.

6

En el año próximo, me gustaría que se pudiera promover en la universidad un estudio serio, en profundidad, de la enseñanza muy rica de la Iglesia sobre el sentido de la Universidad católica, vertida en innumerables documentos, y condensada recientemente en la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*.

Dic. 19,1990